

Desorientación

Vivimos en un mundo de sorprendente desorientación. En la época de la ciencia y de la tecnología, el hombre es, como en tiempos pasados, víctima de la quimera y de la superstición. Las viejas artes de hechicería han sido sustituidas o complementadas por la utopía política y la ciencia-ficción.

Voces influyentes pregonan, por ejemplo, a cada instante, que las injustas estructuras del mundo económico actual condenan a la miseria a amplios sectores de la población y privan, por lo tanto, a las comunidades humanas de la vida de plenitud y bienestar que, con los conocimientos técnicos existentes, pueden y tienen derecho a alcanzar. Voces no menos poderosas afirman, a la vez, que si no adoptamos de inmediato rígidas medidas de austeridad, el inevitable agotamiento de los recursos naturales, el crecimiento de la población y la contaminación del ambiente, condenan en breve plazo a la humanidad al hambre y a la destrucción. ¿En qué quedamos? ¿Vivimos en un mundo potencialmente rico, donde se mantiene injusta y artificialmente la pobreza, o vivimos en un mundo irremediablemente pobre, donde se dilapida indebidamente la riqueza? La escasez de los bienes que condicionan el sustento y el bienestar de los hombres ¿es el resultado ocasional de un sistema social injusto, o es un hecho de dimensiones tales que amenaza la propia supervivencia de la especie? ¿No será más bien que se ignora el verdadero sentido de los problemas que entraña la organización de la economía en un mundo de bienes escasos?

En el campo de las ideologías que se auto titulan revolucionarias, los socialistas han acusado durante muchos años al sistema económico existente de que, por la propia dialéctica de sus contradicciones internas, frena la expansión de las fuerzas productoras, restringe el consumo de las clases populares y conduce al creciente empobrecimiento de las masas. Hoy le acusan, de pronto, con la misma vehemencia, de que inunda a las masas con una constante y desorbitada producción de bienes de consumo y aliena así la verdadera condición humana. ¿En qué quedamos? ¿Es malo el sistema porque es incapaz de producir o porque produce demasiado, porque no suministra los bienes indispensables para la subsistencia de las masas o porque las embota espiritualmente con el suministro incesante de bienes superfluos? ¿No será más bien que se ignoran los mecanismos determinantes del consumo y de la producción de los bienes y las realidades que condicionan la dignidad espiritual del hombre?

En el mundo de los países pobres, atrasados, subdesarrollados o en vías o en proceso de desarrollo ¿es esa desorientación terminológica símbolo de la desorientación general? se clama a todas horas contra la dependencia y la pobreza y se propugna la afirmación de los supremos valores de la nacionalidad. Mas, para el logro de esos mismos principios, se imponen leyes, políticas y medidas que empobrecen a la comunidad, que crean lazos más graves e insuperables de dependencia y que hacen más difícil elevar a esos países al nivel de naciones ricas, progresivas e independientes. En nombre del progreso económico, se restringe la formación de capital y el acceso de tecnología y capacidad empresarial. En nombre de la integración, se desintegran las economías nacionales y se aíslan del mercado mundial regiones y territorios escasamente productivos. En nombre del interés general, se

dictan medidas que sacrifican el interés de la mayoría a los intereses particulares de sectores estatales, obreros o empresariales específicos. ¿No muestra ello que se ignoran las causas verdaderas que condicionan el desarrollo y la liberación económica de los pueblos? ¿Hay esperanzas de superar ese trágico estado de desorientación? Al igual que en todos los problemas auténticos de la vida humana, el camino es tan simple de enunciar como difícil de seguir. Requiere, en primer término, que las cosas se vean como realmente son. Para ello es necesario contemplar las enseñanzas de la historia, estudiar las lecciones de las mentes esclarecidas que han analizado con objetividad los problemas de la economía de los pueblos, y desechar los esquemas ideológicos surgidos como subproducto de un postulado político o de una creación literaria o imaginativa. Requiere, en segundo lugar, actuar de acuerdo con las exigencias de la realidad, aunque esa actuación no coincida con la que despierta el aplauso pasajero de las muchedumbres.

¿ Seremos capaces de percibir que diga lo que diga la moda intelectual al uso dos y dos son, han sido y serán necesariamente cuatro? ¿Seremos además capaces de ajustar nuestra conducta al hecho de que son cuatro, y no tres, ni cinco, ni siete, ni doscientos cincuenta y seis?

De esos hechos elementales, y no de artes de hechicería, depende el destino de la colectividad.

* Tomado de **Orientación Económica No. 38. Edición de Agosto de 1972, Caracas, Venezuela.**

Libre empresa y desarrollo

Ricardo Zuloaga

«El sistema de libre empresa descansa necesariamente en la libertad de consumo, en la libertad de trabajo y de profesión, en la libertad de comercio, en la libre disposición de los bienes, esto es, en la libertad de los hombres para moverse donde les parezca y cuando les plazca y hacer con su persona y con sus bienes lo que responda a su propio e irreductible criterio individual. Implica por lo tanto, una sociedad pluralista, donde el Estado impone, por medio de la Ley, el interés general, pero donde multitud de hombres, empresas y entidades compiten libremente con sus ideas, con sus esfuerzos y con sus recursos. Es por ello consustancial con un régimen socio-político basado en el Estado de Derecho, el cumplimiento de la Ley y el respeto a las libertades del individuo».

«El sistema colectivista se basa, por el contrario, en el control estatal más o menos completo de las actividades relacionadas con la producción, el trabajo y el consumo, esto es, de aquellas que integran la mayor parte del que hacer humano, a través de órdenes y mandatos dictados por las autoridades políticas. Implica la concentración del poder político, económico y social en el Estado, el cual ejerce, por lo tanto, a la vez que el monopolio del poder, el monopolio del empleo, el monopolio de la producción y aún el monopolio de la verdad. Conduce por ello a la regulación estatal de casi todas las actividades de los hombres y a la supresión progresiva de todas las libertades, máxime si se tiene en cuenta que la ineficiencia del sistema obliga a silenciar las críticas que arriesguen el prestigio y el cumplimiento de las órdenes de gobernantes y planificadores. Es el Estado que León

Trotsky, un hombre nada sospechoso de simpatías hacia la libre empresa, sintetizó críticamente en la famosa frase: "El que no obedece, no come"».

«Esas son las razones generales que muestran el carácter indivisible de la libertad».

El razonamiento absurdo de quienes creen que una nación se protege a sí misma mediante los aranceles aduanales

OPINIÓN DE BASTIAT SOBRE LOS ARANCELES ADUANEROS

(Tomado del libro La Protección Arancelaria por W. M. Curtis, editado por el CEES en 1970.)
Hace más de un siglo, el economista francés Frédéric Bastiat, ardiente opositor del proteccionismo, tomó como base el inmortal clásico ROBINSON CRUSOE de Daniel Defoe para ilustrar los males de las restricciones comerciales, y al efecto escribió el siguiente diálogo:

¿Recuerdas cómo hizo Robinson Crusoe para hacer un tablón sin tener sierra?

Si: derribó un árbol y luego, cortando el tronco a derecha e izquierda con el hacha, lo redujo al espesor de una tabla.

¿Y eso le costó mucho trabajo?

Quince días completos de trabajo.

¿Y de qué vivió durante ese tiempo?

Tenía provisiones.

¿Y qué le sucedió al hacha?

Quedó desafilada.

Sí, pero quizás tú no sepas que cuando Robinson comenzaba el trabajo, vio que la marejada había depositado un tablón en la costa.

¡Feliz accidente! Supongo que habrá acudido corriendo para recogerla

Ese fue su primer impulso, pero se detuvo y razonó para sus adentros:

«Si recojo este tablón, solamente me costará la molestia de llevarlo, y el tiempo necesario para bajar y subir el acantilado. Pero si hago un tablón con el hacha, tendré, ante todo, quince días de ocupación. Después, el hacha se desafilará, lo cual me dará más ocupación para afilarla. Por último, se me agotaron las provisiones, lo cual será una tercera fuente de empleo para reponerlas. Pero cómo sucede que el trabajo es riqueza, es evidente que si recojo el tablón me arruinaría a mí mismo. Debo proteger mi trabajo personal, y ahora que lo pienso, hasta podría aumentar ese trabajo tirando el tablón de nuevo al mar».